

CULTURA

EL CORREO DEL ZAR
JACINTO ANTÓN

Del valor y la cobardía de los soldados

No deja de ser una paradoja que el libro de referencia sobre la valentía se publique por fin en castellano gracias a un notable cobarde. Cuando hace unos meses el historiador Ricardo Arto la me comentó los títulos que barajaba para el nuevo sello Arzalia le hablé de *The Anatomy of Courage*, el ensayo clásico de 1945 de Lord Moran (1882-1977) sobre el valor y la cobardía de los soldados y que yo tengo siempre a mano para cuando me asaltan recuerdos pesadillescos del Somme, donde —a diferencia del autor, que ganó allí en 1916 la Military Cross— afortunadamente nunca estuve, pues lo hubiera hecho de pena. El ensayo, que se acaba de publicar con el título de *Anatomía del valor*, me lo recomendó Max Hastings, para el que también es un libro de cabecera, como para Antony Beevor.

Charles McMoran Wilson, primer barón Moran, se alistó al comenzar la I Guerra Mundial y fue oficial médico de los Fusileros Reales. Recibió varias condecoraciones al valor y fue citado dos veces en despachos. Lo único que tenemos en común es que yo también he jugado al rugby. Lord Moran, por supuesto, es sobre todo famoso por haber sido el médico personal de Churchill.

El objetivo del autor, que escribía en el marco de las investigaciones sobre la neurosis de guerra y el estrés bélico, era dilucidar, a lo Gary Cooper en *Llegaron a Cordura*, qué hace que unos hombres aguanten en la batalla y otros no, las razones del valor y la cobardía. De sus experiencias y observaciones, Lord Moran extrajo la sorprendente conclusión, y esta es su gran aportación, de que todos (incluso usted y yo) poseemos una cantidad constante de valor, pero que ese valor se va gastando cuando lo utilizas, como la ropa. Por ejemplo, si atacas un nido de ametralladoras alemán puedes quedarte no solo sin valor, sino incluso en números rojos.

De cómo la imaginación ayuda a unos hombres y destruye a otros es uno de los capítulos más interesantes. Podría firmarlo Lord Jim. Ser imaginativo en principio no ayuda en la guerra, porque, lógicamente, te imaginas muerto. Pero Lord Moran determina que si eres capaz de dirigirla correctamente la imaginación te impulsa a dar lo mejor de ti mismo.

Se pregunta si la guerra puede convertir con el tiempo a un hombre en cobarde. Lo que parece retórico pues, resume, “ningún hombre dispone de cantidades ilimitadas de valor y cuando estas se agotan, él está acabado”. Que cada uno eche sus cuentas.

SILVIA AYUSO, París
Que nadie busque lo que no hay en Lorenzo Falcó. Bajo la seductora sonrisa y los impecables modales del hijo discolo de una familia jerezana adinerada, el agente estrella del servicio de espionaje franquista que protagoniza la última saga de Arturo Pérez-Reverte es un ser “sin conciencia, sin ética y sin remordimientos”. Un mercenario, insiste su autor, para quien matar no es más que una “herramienta de trabajo” que pone al servicio del mejor postor, que resulta ser el bando de los malos en una guerra que dejó unas heridas que no han cerrado aún del todo en España. “Quería hacer un perfecto hijo de puta”, sonríe el escritor al presentar, el lunes en París, *Sabotaje*, la última parte de la serie que comenzó en España recién iniciada la Guerra Civil, continuó en Tánger y ahora se traslada hasta la capital francesa.

Hace frío en París y Pérez-Reverte se cierra bien la chaqueta antes de emprender un paseo por algunos de los lugares en los que se desarrolla la trama de *Sabotaje*, como el histórico café Les Deux Magots, un punto de paso casi obligado de buena parte de la intelectualidad del siglo XX y en el que Falcó recala tras visitar el estudio donde Pablo Picasso pinta el *Guernica*, unas calles más abajo. O su puente parisiense favorito, el Pont des Arts, desde donde el novelista obliga al espía a tirarse a las aguas del Sena para huir de sus enemigos.

El escritor retrata una Ciudad de la Luz en la que a la habitual ebullición de artistas e intelectuales se añadía en ese mayo de 1937 en que se sitúa la trama una explosiva mezcla de idealistas y republicanos en el exilio, fascistas que admiraban y colaboraban sin complejos con la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini y espías, muchos espías, miembros de todos los servicios secretos de una Europa que no era consciente de la catástrofe hacia la que estaba caminando a marchas forzadas. Una situación no tan distinta, advierte Pérez-Reverte, de la que se vive en la actualidad.

“Me interesa mucho remarcar esa falsa seguridad de los que estaban aquí refugiados. Lo que venía era muy gordo y no todo el mundo lo sabía ver”, explica sentado en uno de esos falsos refugios de entonces y ahora, Les Deux Magots, ante las fotos de dos invitados a su novela, Picasso y Hemingway. “Entre el París del 37 y la Europa de 2018 he querido, sin forzar, establecer algunos vínculos. Como ahora, pensaban que estaban a salvo, que no iba a pasar nada. Y no; la ola parda siempre está ahí, sea parda, azul, verde, amarilla o color butano. Y siempre

Pérez-Reverte recorre los escenarios en París de la tercera novela de su serie de Lorenzo Falcó, un espía franquista sin escrúpulos

“Picasso no pintó el ‘Guernica’ por patriotismo, sino por mucho dinero”



Arturo Pérez-Reverte, el lunes en París. / JEOSM

Una injusticia histórica

Arturo Pérez-Reverte no se cansa de repetir que las de Falcó no son obras sobre la Guerra Civil, sino “novelas canónicas de espías” que tienen como escenario el conflicto español. Lo que no quita que le sirvan al escritor, quien como periodista vivió muchas guerras, para criticar lo que considera una injusticia histórica. “El problema que tiene toda guerra, y las civiles más, es que al final se apropian de ella los intelectuales”, señala el autor, quien no duda en reflejar esta situación en *Sabotaje* a través de algunos personajes en los que, tras un nombre ficticio, se esconden individuos reales y

fácilmente identificables, más allá de Hemingway. “Y cuando hay una guerra como la española, protagonizada por los desgraciados de ambos bandos, incultos, campesinos, o gente que realmente tenía fe, como el comunista, el socialista o el falangista, ya pasado el conflicto o incluso durante, es el intelectual el que se adueña de la historia”, incide.

Todo ello cuando “había intelectuales que no pisaban el frente más que para hacerse fotos. Gente que se paseaba por la retaguardia con pistola, y por los bares y los cafés”. “En ambos bandos”, subraya acerca de una injusticia que, según dice, pervive.

llega. Quería, aunque tampoco con eso cambie la mentalidad de nadie, decir: ‘Cuidado con las certezas, con las seguridades y con las tranquilidades’, incide.

Falcó, extrahicante de armas, conquistador irreductible y mortífero para los enemigos de sus patrones —“no es un fascista ideológicamente; trabaja para ellos, pero no es de los suyos, hace su propia guerra”, precisa el autor—, viaja a París para cumplir, una vez más, órdenes de la inteligencia falangista: desacreditar a un héroe del bando republicano, el intelectual y aviador Leo Bayard (inspirado sin complejos en André Malraux) y, a la par, evitar que Picasso muestre en la Exposición Universal de 1937 el *Guernica* que está pintando por encargo de la República.

Una doble misión que le ha permitido a Pérez-Reverte recrear “sin caer en los tópicos” una ciudad y una época que, una vez eliminada la pátina de romanticismo y heroicidades —y Falcó alias Pérez-Reverte es un maestro en arrancarlas a mordiscos— transpira un mensaje recurrente en las novelas del reportero de guerra reconvertido en escritor de éxito: “El mundo real nunca es blanco o negro, no es azul o rojo, es una gama de grises”. Y no todos son héroes ni actúan por motivos meramente altruistas, empezando por un Picasso que “no pintó el *Guernica* por patriotismo ni por democracia; lo pintó por muchísimo dinero”.

Hibernado por ahora

Hacer navegar a Falcó por esa paleta de grises también le ha permitido a Pérez-Reverte darse licencias como ajustar cuentas con un Hemingway al que oculta, con muy poco celo, tras el personaje del borrachuzo escritor Gatewood. “Como no me cae bien Hemingway, sí como escritor, pero no como persona, decidí que en esta novela Falcó le diese una paliza en los lavabos de un cabaret de Pigalle”, el mismo lugar donde transcurre otra de sus escenas favoritas: un fugaz encuentro entre el canalla agente y una Marlene Dietrich que, ella sí, aparece con su nombre y apellido reales en esta ficción de espías que tantos placeres le ha dado a su creador.

Aun así, por el momento, la de París será la última aventura de Falcó. Pérez-Reverte tiene otros proyectos en mente y el pese a todo irresistible agente secreto falangista tendrá que “hibernar” por un tiempo aún indefinido. Pero no es, promete, un punto final. “Cierro la trilogía pero el personaje, tengo proyectos para él”, asegura. Y conflictos, con una Guerra Civil inacabada y una Mundial por empezar, hay de sobra para revivir a Falcó en nuevos escenarios y aventuras.